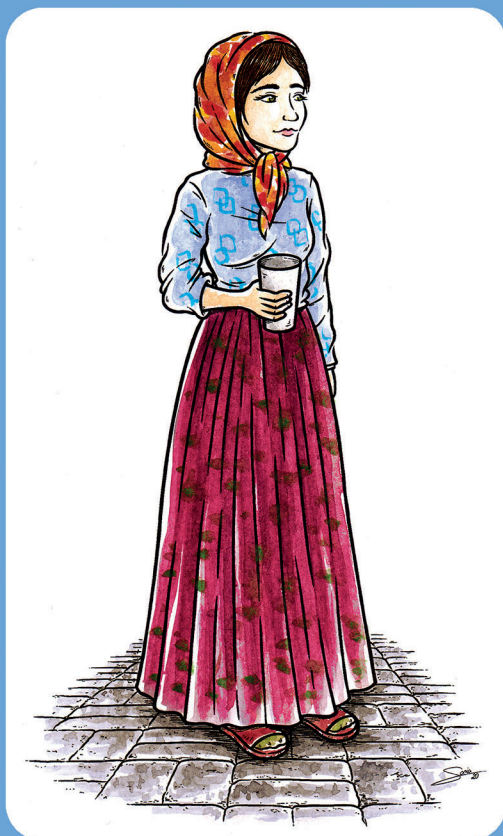


Sebastián Manuel Gallego Morales



Novela

La Rumana

Liber
Factory

Sebastián Manuel Gallego Morales

La Rumana



Novela

Diario de un soltero



La estudiante de medicina



Convivencias

Liber
Factory

© Obra: La Rumana

Primera edición: Febrero, 2020

© Autor: Sebastián Manuel Gallego Morales

ISBN: 978-84-18170-26-3

Maquetación: Toñi Martínez bazatmp baza
Diseño de cubierta: Acuarela de Sonia Azor Reche

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en papel y ebook en las principales librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A mi gran familia



Capítulos I a XII

I

El cambio horario no le había sentado bien a mi cuerpo. Algo andaba mal en él. Me tambaleé un poco al salir de la cama y casi a tientas me acerqué a la ventana. Por las rendijas de la persiana entraba ya un sol muy fuerte para aquella hora que marcaba el reloj sobre la mesita de noche.

Antes de poner el pié en la esterilla ante mi cama ya lo había cotejado con el móvil. El mismo que aquella noche al ser las tres de la mañana, lo había hecho retroceder sesenta minutos y plantarse en las dos.

Me había hecho el propósito de estar frente al televisor hasta perder esa hora y lo había logrado. Una larga película sobre la segunda guerra mundial y un documental sobre el imperio de los faraones me acompañaron en el sillón que como siempre comentaba *tenía un virus que me hacía dormir al recostarme en él*, pero tanto la película como el documental me tuvieron despierto hasta que llegó

la hora del cambio. La misma que ahora me tenía un poco desconcertado.

Pero era cierto que los relojes habían atrasado una hora, pero el sol no entendía de ello y entraba a raudales por la ventana llenando de luz el dormitorio.

Volví a mirar la hora en el móvil, eran ya las once y diez minutos. Nada me consoló que el día anterior solo veinticuatro horas antes hubieran sido las doce y diez minutos. Había perdido una hora.

Pasé al servicio y mientras me afeitaba puse las noticias en la radio local. Las daban de cuarto en cuarto de hora. Empezaban por el estado de las carreteras y finalizaban con el tiempo. Como suceso se destacaba el que un hombre, en la madrugada, había fallecido al estrellarse su motocicleta a la entrada de la población en la primera rotonda.

La reconocía el pueblo como la Huevo-rotonda, por tener forma ovalada y ya había sido causa de percances anteriores.

No era la primera vez que esa rotonda salía en la página de sucesos locales, pero siempre lo había sido por la

desafortunada decisión de colocar allí un pequeño monumento. Aunque hoy lo era por el luctuoso suceso de la muerte de una persona, de la que de momento nada más decía el locutor. Ni siquiera daban la matrícula de la motocicleta. Solamente que era una moto de «Gran cilindrada».

Mientras me aseaba escuché dos veces idénticas noticias, poco habían adelantado en el conocimiento de los hechos locales. Tras los anuncios de siempre, y los nombres de las tiendas de siempre que nos ofertaban sus productos, salí a la calle.

El tiempo engañaba, el bienestar de la casa, su templanza, chocó con el fresco que rozó mi cara. Pero pronto se me olvidó al entrar en el pequeño café de la esquina adonde desayunaba.

Allí estaba Luis, el viejo camarero, que al entrar me saludó con su frase: ¿Lo de siempre don José?

-Sí, lo de siempre-.

Me acerqué al mostrador y tomé el periódico, era el de la provincia, lo dejé en el mismo sitio en el que estaba. No pondría nada de lo que me interesaba aclarar.

Tomé asiento en mi mesa favorita, la del rincón junto al ventanal. Desde ella se veía casi toda la calle y era sobre todo una vista perfecta para la entrada al “súper” la zona más concurrida de la ciudad en cualquier día laborable. Allí estaba ya con su vaso de plástico blanco pidiendo limosna la mujer rumana; con su cabello recogido bajo un colorido pañuelo, amplia blusa y larga falda, un colorido atuendo que siempre hemos asimilado con los húngaros y gitanos pero ahora a todos los englobamos en uno, les decimos: *rumanos*.

Cuando Luis me trajo el chocolate con una ración de churros recién hechos calentitos y crujientes, como los hacía la señora Lola desde muchos años antes que yo llegara a la ciudad, aproveché para preguntar a Luis si se sabía algo sobre el motorista que se había estrellado en el rotonda de entrada. Luis, para mí era el mejor de los informativos locales.

-Verá usted, don José, hará como una hora que pasaron por aquí el Comisario de Policía y el joven inspector Huertas. Según comentaron, el expediente correspondía a la Guardia Civil de Tráfico, que el Juez ya había levantado al cadáver y que todo el asunto ya estaba en el juzgado. Que el fallecido no tenía documentación alguna que le pudiera identificar. Era un hombre de unos treinta años, es posible

que extranjero, con varios tatuajes en el brazo, por lo que esperaban que se pudiera saber quien era una vez que se identificaran estos tatuajes. La moto estaba a nombre de un señor de Murcia-.

Algo había rellenado el hueco que la curiosidad me había abierto al oír la noticia en la radio local.

Cuando llegué al bufete, ya andaba bien alto el sol. Sobre la mesa aún no tenía la correspondencia. Tampoco estaba mi secretaria Ana, que a esa hora había ido a recoger del apartado el correo del día .

Paseé la vista por el amplio despacho heredado de mi padre. Allí había hecho mi progenitor la pequeña fortuna con la que se había asegurado su jubilación, dando carreras a mis hermanas y a mí, a la vez que lograba hacerse de una pequeña fortuna en inmuebles.

Recorrí con la vista la enorme estantería repleta de libros. Allí estaban los heredados del abuelo, toda la Legislación del Alcubilla primorosamente encuadernada, los Aranzadi de mi padre y ahora además los que yo empezaba al estar suscrito a Lex, los míos. Aún no había llegado el momento de encuadernar ningún año. Todos los textos con-

vivían en silenciosa armonía en aquel estante librería.

Sobre el mismo, los títulos enmarcados de tres generaciones de letrados salidas de la Facultad de Derecho de Granada y dos orlas de final de carrera, las de mi padre y la mía.

Frente a la librería, la pared en la que una enorme cristalera separaba el despacho de la habitación de la secretaria, una persiana gris los aislaba cuando tenía visita. Junto a la mesa de lujosa talla, a su derecha teléfono e interfono y a su izquierda, el retrato de mis padres junto a mí en el día en que me fue entregado el título de Licenciado.

Me senté en la mesa y miré la agenda de la semana. Tenía solo dos anotaciones en ella. Una el martes y otra el jueves. La del martes un juicio de faltas y la del jueves, era la reunión con los herederos de la familia Sola para lograr un acuerdo en el reparto de la herencia antes de que se liarán en pleitos judiciales en los que todos perderían. Las tenía citadas a todas las partes interesadas a las doce de la mañana.

Este tema lo tenía bien estudiado y era una de las fuentes de ingresos en el despacho: los arreglos extrajudiciales. Ya

había realizado algunos acuerdos entre herederos, indómitos unos, obcecados otros, y con ello la fama que había logrado mi padre para el Despacho la continuaba yo a pesar de mi juventud.

Pero si todo me iba bien no acababa de gustarme el pueblo, «mi pueblo». Demasiados años en la ciudad, me habían vuelto “capitalino” según el certero diagnóstico de mi madre.

Cuando llegó Ana, secretaria heredada junto a los clientes del despacho de mi padre, recibí la primera reprimenda del día, disfrazada tras una larga sonrisa y en plan de pregunta:

-¿Otra nohecita sin dormir don José?.

-Sí, me quedé hasta tarde viendo películas, por aquello del cambio de hora y ahora lo estoy pagando, me encuentro un poco desorientado.

-Bueno ya se acostumbrará. Aquí tiene el correo-, dijo dejando varias cartas sobre la mesa despacho.

Había algo interesante en ellas. En una se me pedía personarme en expediente de tráfico ante el juzgado por

una demanda de colisión entre vehículos no resuelta amistosamente. En otra la factura de la luz.

-Son quienes más lo quieren- me había comentado Ana en alguna ocasión -le escriben todos los meses-.

No le contesté pues conocía de donde venía su sorna.

Hacía tiempo que dejaron de llegarme las cartas de Luisa, una joven con la que salía en la capital, pero que la distancia había hecho que no cuajara la buena amistad que teníamos desde los tiempos de estudiantes en algo más sólido para un futuro en común.

En su última carta me indicaba que había congeniado con un amigo de ambos con el que salía a pasear por las tardes subiendo a la Alhambra por los paseos que nosotros también conocíamos, y habían ido un par de veces a bailar... No me daba el nombre del amigo acompañante, pero si me pedía que no la llamara ni escribiera más.

No sentiría mucho por ella, pues no me afectó nada, o digámoslo entre nosotros, «*casi nada*», pero la verdad es que lo entendí como las primeras calabazas que me daban.

Era un microbus un poco antiguo y de él se apearon varias mujeres, unas jóvenes y otras mayores, No les habría prestado atención a no ser por su idioma, era dulzón y chillón a la vez, entre el italiano y el español. Y una vez que ellas bajaron del vehículo, dos hombres se situaron en la parte trasera del mismo abriendo las puertas para el equipaje.

Pero no sacaron maleta alguna. Sacaban pañuelos, blusas y faldas que se iban poniendo las mujeres sobre sus ropas y en menos de unos diez minutos aquellas mujeres que antes me parecían iban vestidas con trajes normales ahora estaban todas ellas vestidas de *zíngaras*, pero con vestidos tan raídos que más bien parecían gitanas de centro Europa.

Un descolorido pañuelo anudado bajo la garganta cubría su pelo, una amplia y también descolorida blusa de tanto lavado sobre ella, les cubría el cuerpo y una falda larga y a rayas, también descolorida por el uso, les ocultaba lo que segundos antes eran pantalones vaqueros o faldas cortas.

Estaba observando este curioso espectáculo cuando oigo un comentario a mi lado.

- Son las rumanas- me dice una señora que empujaba un carrito de la compra en dirección al mercado. -Se ve que hoy se les ha hecho tarde y por eso se están arreglando aquí tan cerca del mercado. A mí me han dicho que siempre se han vestido y desvestido a la entrada del pueblo, pero hoy se les ha hecho tarde y por eso el paripé de vestirse como gitanas lo están haciendo aquí en la Plaza de las Eras. Ahora suben todas al mercado a ir pidiendo lo mismo por los puestos que a las personas-.

-Yo nunca había visto esta operación tan de cerca, Siempre de unos años a esta parte he notado la afluencia de gitanas de centro Europa en este mercado y en la puerta de las iglesias y de los supermercados, pero nunca como se preparan para ejercer la actividad de pobres mendicantes. Comenté a la señora

-Pues las amas de casas que subimos todos los miércoles al mercado si que conocemos de este asunto. ¡Bueno lo dejo a usted, que yo voy también voy tarde hoy.

Yo continué con la contemplación de este curioso espectáculo de transformación de personajes por las vestimentas.

Se escuchó una llamada imperiosa -¡Carina!- Vi regresar a una mujer mayor y el hombre le entregó un cartel escrito en un cartón, a la vez que a mi modo de ver le regañaba el olvido. No entendí el idioma pero si el sentido. Era una regaña.

Minutos después el microbús se alejaba del lugar. Me fijé en la matrícula, era muy antigua. Matriculado en Murcia antes del cambio en las placas a cuatro dígitos y tres letras que fue establecido en el año 2.000.

Bajé a mi cafetería de costumbre, y allí estaba Luis, el viejo y sabio camarero que me atendía diariamente. Recibí una sonrisa y un ligero reproche.

-¡Hoy llega un poco más tarde. Se ve que se le han pegado las sábanas!

-No han sido las sábanas, ha sido un espectáculo de transformismo el que me ha detenido a la puerta de casa. He tenido la oportunidad de ver a un numeroso grupo de pedigüeñas, mejor dicho de mujeres normales, transformarse cual si fueran artistas en gitanas de centro Europa, para pedir por el mercado.

-Yo, don José, no las he visto nunca vestirse o desvestirse. Si las he visto los días de mercado subir por esta calle, pero ya pidiendo a diestro y siniestro. Unas por la acera de la derecha y otras por la izquierda. No se escapa nadie.

Están bien organizadas. Aquí en la cafetería se habla mucho de ellas. Y yo me encargo de que no pasen al interior a pedir y molestar a los clientes, aunque a veces les he tenido que dar vasos de plástico, pues piden de todo.

También en algunas ocasiones han puesto a un viejo manco sentado en el tranco de la casa de enfrente con un cartón escrito a mano en el pide para poder regresar a su tierra. Hace tiempo que no veo al viejo, lo llevarán los jefes de esta mafia de pedigüenos a otros pueblos donde ya no esté tan visto.

-Has dado con la palabra clave, amigo Luís, ya que esta manera de actuar me ha recordado a la novela de don Miguel de Cervantes llamada “*Rinconete y Cortadillo*”. Cuánto tiempo ha pasado, pero que parecido tienen estas mujeres que he visto hoy y el mutilado que tu me cuentas, con los personajes de esta novela ejemplar.

En la novela todos para poder ejercer en la calle o lugar que señalaran como ladrón, mendigo falso, prostituta, mutilado falso o supuestos profesiones habían que abonar una “tasa o impuesto” a un señor llamado Monipodio.

Hoy este señor Monipodio personaje Cervantino sería un jefe de la mafia, que designaría lugares, plazas, mercados, iglesias como puntos “*bajo su influencia*” en los que se podía ejercer estos oficios sin que nadie les molestara. Eso sí “*pagando*” al señor Monipodio de turno.

Lo peor de todo es que aquí ya tenemos un buen número de rumanos, unos trabajadores y otros pedigüeños y estos de fuera les hacen mucho daño y competencia.

-Esto no lo podemos arreglar nosotros don José y no lo quieren arreglar los políticos -sentenció- ¿Le sirvo lo de siempre?

-Sí, póngame lo de siempre.

Fui a sentarme en mi mesita de “siempre” esperando el vaso de chocolate y los churros mientras echaba un vistazo a la prensa.

Frente a mí la puerta del Supermercado. Un ir y venir de clientes y en su puerta una “rumana” pidiendo como siempre la había visto allí desde hacía meses. En el mismo lugar y a las mismas horas con su vaso de plástico en la mano pidiendo la caridad de los clientes del súper. Por lo visto a esta pobre local, ya residente entre nosotros desde hacia bastante tiempo, los mendigos forasteros le respetaban “su sitio”.

Cuando llegué al Despacho estaba esperándome un viejo amigo y tertuliano de mi padre, don Francisco el médico. Jubilado de su profesión hacía años pero muy bien de memoria. Él mismo se decía era un superviviente, uno de los que están en este mundo jugando en tiempo de prórroga. Era uno de los cuatro amigos de mi padre que había heredado con el Despacho. Estaba sentado charlando con Ana.

-¡Pepito llegas tarde,!. A estas horas ya tu señor padre y yo nos habíamos fumado un purito Reig y comentado las noticias mas sabrosas del pueblo. ¿Te queda algún purito de los guardados en el cajón tercero de la mesa del despacho?.

-Pase usted don Francisco, que creo quedan aún varias cajas de esos puritos que me dice.

-Es que tu padre era un acaparador, pero un buen amigo.

Entró don Francisco, se sentó en el sofá y esperó a que le llevara un purito de los que efectivamente mi padre guardaba en el cajón tercero derecho de la mesa de despacho. Le ofrecí se quedara con los que aún quedaban en aquella cajita, pero los rechazó solemnemente .

-¡Pepito! No me prives del placer de venir a verte como lo hacía con tu padre. Es un acto de buena vecindad y amistad adquirido con la jubilación. Ya quedamos pocos de la quinta de tu padre. Ya vendré otro día a visitarte y me acompañará otro buen amigo.

Saboreaba con deleite el purito a la vez que me iba contando varias anécdotas, algunas de las cuales recordaba por habérselas oído referir a mi padre. Una de ellas fué la de los “*A propósito*”.

-Ahora Pepito, te vendrán muchos «*a propósito*» mientras paseas por este pueblo. Yo le conté a tu padre recién abierto el bufete como un señor, en plena Plaza Mayor, y en medio de la gente que allí paseábamos en una mañana de Domingo, se me acercó y dijo “*A propósito don Fran-*

cisco, me alegro de verle, sería tan amable de decirme que me tengo que echar en mis partes, exactamente en las ingles, pues tengo de un tiempo a acá unos grandes picores y no sé de que vienen” .

Mi respuesta fue sencilla: *!Claro que si mi buen amigo, bájese los pantalones que vea los lugares en los que le produce el escozor.*

-¡Don Francisco! ¿Quiere usted que me baje los pantalones en medio de la plaza? ¡Eso nunca!.

-Bueno amigo, entonces pásese mañana por mi consulta, lo examinaré y le recetaré-.

Aún sonreía don Francisco al salir de mi despacho y al despedirlo en la puerta insistió:

-No olvides lo del “*A propósito*” a todos los profesionales nos es útil conocerlo.

Se despidió cariñosamente de Ana, a la que insistió varias veces la encontraba más joven cada día.

II

Suerte que las vistas en el Juzgado no empiezan para mí en este día hasta las once, pues cuando recibí la llamada del procurador, Pepe Benítez, de que me estaban esperando, aún tenía tres cuartos de hora por delante.

Llamé al despacho y le dije a la eficiente Ana que me trajera a la cafetería el expediente que estaba sobre mi mesa. Lo había estado estudiando a fondo en la tarde anterior y encontré dos similares en el gran fichero de asuntos tratados por mi abuelo y mi padre. Coincidían prácticamente en todo, así que cambié un poco y adapté al nuevo código civil la legislación aplicable y.., a esperar, ya que como siempre decía mi padre “ *Una cosa es que tengas razón, otra que sepas exponerla y otra principal que así lo entienda el señor juez y te la dé* ”.

Pero aquel día todo funcionó bien, mi cliente salió absuelto de la acusación de robo de una bicicleta que se le

imputaba porque la habían hallado en la puerta de su casa, no dentro.

Ya en la secretaría del juzgado escuché a un ilustre colega llamado Anselmo, ya veterano en estas lides, una anécdota que le había ocurrido a él en sus principios:

«Defendía a un gitanillo al que se le imputaba el haber robado un reloj de bolsillo en el Café Comercial. Me tocó por turno de oficio. Dos clientes asiduos del café testificaron que vieron al gitanillo en el café, pero logré que reconocieran que no lo habían visto robar el reloj. Llamé al dueño y éste igualmente reconoció ante el juez que no vio que el joven le quitara el reloj, sino que vio al joven que iba con el reloj en la mano, y él dijo ¡esto es mío y se lo quitó!.

Convencí al sr. Juez de como el reloj no había sido robado y como no llegó a salir del café, a lo máximo sería un intento de robo no acreditado porque el chico iba con el reloj en la mano a la vista de todos los clientes. En resumen que salió absuelto».

-¿Y eso fue todo?- preguntamos algunos compañeros.

-«No eso no es todo. Cuando salimos a la calle se me acercó el gitanillo a darme las gracias y me dice:”Señor abogado, hoy no tengo nada para pagarle, pero el próximo reloj que afane, procuraré que sea de oro y ¡Ese es para usted!”».

Salía del edificio de los juzgados muy satisfecho cuando me tocó en el brazo “la rumana” la madre de todos los rumanos, como decía Luís el camarero. Luis más de una vez me había comentado:

-Ya está la señora mayor pidiendo a la puerta del súper, viene aquí todas las mañanas a desayunar antes de ir a pedir limosna. Tiene una cara blanca y de piel lisa. Tiene que ser muy educada. Por todo da las gracias en un perfecto castellano. Por lo que he visto desde aquí todos los rumanos la conocen, pues vienen a verla y la saludan muy respetuosos. Para mí que es la madre de todos ellos.

Eché mano a mi cartera por si me pedía alguna moneda, pero no puso la mano en señal de ello, así que esperé que hablara.

-¿Señor veo que sale usted de los juzgados, me podría indicar adonde he de dirigirme para hablar de un mucha-

cho que se mató anoche entrando a la ciudad?

Entonces, por primera vez le vi la cara y escuché sus palabras, coincidía en todo con lo que me había dicho Luís: cara blanca, piel lisa y perfecto dominio del castellano. No lo dudé y le dije

-El edificio es un poco complicado, yo le acompañaré si me lo permite. La acercaré directamente a las salas del forense.

Olía bien la señora. Yo reconozco que no estoy acostumbrado a ir junto a una mujer de pelo recogido bajo un largo pañuelo, blusas amplias en el cuerpo y faldas muy largas, pero no me sentí incómodo a su lado.

Entramos en el edificio de los Juzgados, que si bien en el exterior es un clásico de piedra vista y ladrillo, enormes rejas y puertas del tiempo de la dictadura de Primo de Rivera, en su interior cambia totalmente a unos edificios acristalados y unidos entre si por pasajes igualmente acristalados, contruidos en lo que en su día fue el huerto de los juzgados de esta ciudad.

Saludé al guardia civil de la puerta aclarando el que la señora me acompañaba a unos trámites y tras pasar el de-

tector de metales le dije a la mujer que me siguiera.

Al llegar hasta la planta primera en la que estaba el Juzgado de Instrucción numero uno, solicité ver al Sr. Juez, Doña Amalia Leyva y le expuse los motivos de mi visita y el deseo de mi acompañante de ver el cadáver del fallecido.

Le preguntó qué interés tenía en ello. A lo que la señora contestó que esperaban a un familiar y que este no llegó, que había llegado a su conocimiento que un joven con tatuajes en los brazos se había estrellado la pasada noche a la entrada de la población y que su intención era ver si esos tatuajes coincidían con los de su familiar.

Creo que la perfecta oratoria de la señora dejó a la Juez tan impresionada como a mí me había dejado, por lo que dijo al secretario que nos acompañara y así los cuatro bajamos en el ascensor a la planta baja en la que estaban los servicios forenses.

Lo identificó en el acto, era su sobrino Andrei Ardelean, el joven al que esperaban. Era hijo de su cuñado Andrei, vivían en Murcia desde hacia años y había contactado con su hija Ylina, y por eso lo esperaban en casa. Lo raro es que no apareciera documentación alguna, ni de él ni de la moto.

Tenía entereza la señora y así lo acreditó cuando nuevamente en el Juzgado se le tomaron todos los datos. Pidió permiso para darle una sepultura digna y la Juez no tuvo inconveniente en acordarlo así. Pidió que le fuera entregada la ropa y de la bolsa que contenía la misma, sacó las dos botas del difunto. Eran altas y acordonadas. Metió la mano en ellas y bajo las plantillas que tenían salieron unas finas bolsas de plástico, en ellas varios documentos de identidad ante el asombro de los presentes. En otra uno poco de dinero, que contado fue 425 euros. Todos los documentos confirmaban lo dicho por la señora.

Cuando se dieron por terminados los trámites judiciales: actas de identificación, entrega de objetos y dinero, autorización de entierro del cadáver, etc. etc., la señora Juez me preguntó si yo era su abogado asesor.

No sé como me involucré pero dije:

-¡Sí, lo soy señoría!

-Bien, dijo al secretario, entrégale a don José una copia de todo lo actuado y otra a la familiar del difunto.

Y así salí aquella mañana definitivamente del edificio de los juzgados, ante el agradecimiento que vi en la mirada de la señora rumana.

Era ya casi la hora de la comida, opté por entregarle mi tarjeta y quedé con ella en vernos en el despacho a las cinco de la tarde.

Pero aquella tarde no se personó y harto de esperar abandoné el bufete a las ocho. A la mañana siguiente no la vi ante el súper, por lo que comenté con Luís su ausencia y la identificación del joven fallecido.

-Como ya le he comentado a usted, don José, es la «Madre de todos los rumanos», pues los veo llegar desde aquí al súper y saludarla con respeto. Lo he visto en más de una ocasión y no creo que sea una mujer desagradecida. Esta mañana como todos los días ha venido a primera hora y ha desayunado. No le he notado nada anormal en ella.

-Lo que hoy por hoy, amigo Luis, lo que yo te puedo asegurar es que es educada y ha debido de ser muy guapa.

-Lo sigue siendo, don José, lo sigue siendo, lo digo yo que la atiendo todos los días a primeras horas

de la mañana, para mí que con traje de esta tierra nos parecería una gran señora.



Había pasado la tarde anterior dedicado al estudio y repaso de la Ley que en la actualidad regula los Procesos Sucesorios en la Jurisdicción Voluntaria, y es que con las atribuciones dadas a los Notarios en esta materia, y su facultad de decidir y resolver, en realidad habían igualado a estos, en esta materia de sucesiones, con la acción de los jueces.

Hasta ahora los casos que había resuelto amigablemente, los fundamentaba en la anterior legislación sobre esta materia y para ello nada mejor que el libro registro de casos heredado de mi padre. Algunos casos eran calco, casi exacto, y tenía las resoluciones judiciales bien claras. ¡ Nada mejor que heredar un gran bufete! Tienes gran parte de los litigios ya resueltos en tiempos anteriores, pues la conducta de los herederos es casi siempre la misma: a) creen que tienen derecho a más, b) se sienten discriminados en el reparto y c) pretenden imponer su criterio aunque no tengan razón.

La familia Sola, dos hermanas y un hermano, no eran un caso atípico. No estaban conformes en nada. Ni en el reparto equitativo de las joyas de la madre, ni en la valoración de la casa de sus progenitores. Si en el efectivo dejado en cuentas bancarias, pero no en que hacer con el cortijo a las afueras de la ciudad. Solo en las libretas y cuentas bancarias dejadas por sus padre. En lo restante en nada eran conformes el primer día en el que los tuve ante mí. Así que no me había molestado en hacer lotes a la vista del gran inventario que me dejaron en el despacho y en el que sí eran todos conformes.

Había estado unos días realizando la valoración con la ayuda de Ana, y ella como mujer y experta en estas lides por haber estado más de veinte años trabajando con mi padre, me orientó algo para mi desapercibido.

-Don José, el hijo del difunto don Juan Sola está casado. La esposa es posible que haya insinuado a su marido que ella “*vería bien el recibir algunas joyas de su suegra*”. Haga pues tres lotes con las joyas heredadas y vea la reacción de las hermanas, pues creo este es el primer escollo.

Los hermanos Sola: Juan, Luisa y María habían quedado huérfanos de padre y madre en menos de un mes.

Primero falleció la madre y no habían pasado veinte días cuando el padre sufrió un infarto del que no se recuperó. Toda una desgracia, pero así es la vida. Y ahora lo que seguía era enfrentamiento familiar por causa de la herencia dejada. Vinieron a mí y aquí estaba yo esperándoles en esta segunda reunión con los hermanos herederos.

En la primera me dejaron la documentación a la vez que aclaraban que llegaban a mi bufete por recomendación de un buen amigo de todos ellos y que figuraba también en el testamento de sus padres como albacea, don Ángel Martínez, un buen amigo de su padre y casualmente también de mi fallecido padre.

Aprendí de mi padre a saber escuchar *«has de ser como un confesor, tener paciencia, no interrumpir y esperar a que expongan todo lo que sienten antes de darte por enterado de nada. Sobre todo no interrumpas nunca una declaración. Toma nota de lo que quieres preguntar o aclarar, pero deja que se desahoguen, pues el cliente siempre ha pensado más de una vez lo que quiere decir y si lo interrumpes pierden el hilo del relato que ya traen ensayado»*. Y yo siempre he sido fiel a los consejos paternos.

Cuando terminaron de hablar los hermanos y les indi-

qué que deberíamos ir por partes llegando a los acuerdos parciales, pero definitivos, les expuse como las joyas, a mi modo de ver y entender, deberían ser divididas en tres lotes. Vi el asombro en las caras de las hermanas y la sorpresa y satisfacción en la del hermano. Había acertado Ana en su observación.

A los pocos minutos tenía sobre la mesa el primer acuerdo: Siempre que en ese lote se incluyeran el reloj y la sortija de papá, y que este lote fuera para el hijo, Juan.

De común acuerdo se hicieron tres lotes equivalentes en valor, y de ellos se separó el que incluía el reloj y la sortija del padre. Adjudicado de antemano a Juan.

Se sortearon los dos restantes y se adjudicaron según este sorteo a cada una de las hijas. Ana hizo acta de esta primera adjudicación que firmaron los presentes.

Despedí a los hermanos hasta la semana siguiente, pues me faltaba la valoración dada por una inmobiliaria al piso y al cortijo en la vega. Una valoración real, con precio de venta real, no con precios inflados por la estima y cariño que se le tienen a las cosas, valor que es muy distinto, como les hice entender.

Cuando abandonaron el despacho, Ana me indicó:

-Don José, su padre tenía más experiencia en estos asuntos. Debería usted de haberles dicho que dejaran por escrito cada uno el valor que estimaban tiene el piso y el cortijo. Así sabría si entre ellos hay algún acuerdo en valoraciones.

-Bueno cada día aprendo un poco. Hoy he aprendido que usted conoce a las mujeres. Había que ver la cara de satisfacción de Juan cuando he dicho lo de los tres lotes. De fijo que se lo presenta a su esposa como un logro suyo. Así es la vida, unos hacen el trabajo, en este caso usted y otros se ponen las medallas.

-Déjese de halagos don José, que yo ya soy muy mayor para eso. Busque a una jovencita a quien dedicar algo de su tiempo, que como dice el refrán “ *Se le está pasando el arroz*”.

-Ana piensa usted igual que mi madre.

-¡Es que ambas somos mujeres don José!

-Dejemos el tema y veamos lo que tenemos para mañana.

III

No me encontraba bien aquella mañana. La noche anterior había estado bebiendo con los pocos amigos que aún quedábamos en el pueblo. Festejábamos que se iba a Madrid un compañero, allí había encontrado un trabajo. De momento solo era un contrato temporal, solamente seis meses, pero era una gran empresa y esperaba demostrar en ella sus conocimientos y valía. Otro más que dejaba este pueblo en el que las posibilidades se estaban quedando reducidas cada vez más a los que acababan carreras más en consonancia con los tiempos, o que no podían esperar a sustituir a los padres en sus actividades.

Quedábamos muy pocos, y yo era uno de ellos. El resto estaba diseminado por la geografía española. Unos en Sevilla, otros en Madrid, en Valencia o en Barcelona, que en todos lugres se notaba la demanda de Ingenieros en informática que había sido el boom de los compañeros de estudios de Baza. Ni medicina ni derecho tenían posibilita-

des en el sector público, salvo si quisieran establecerse en el sector privado.

Yo me había encontrado el dilema de hacer oposiciones y así había empezado a estudiar para Notario o Registrador, pero tras un primer año en el que tenía que desplazarme a Granada dos veces en semana para estar con mi preparador, surgió la desgracia familiar y tuve que hacerme cargo del bufete de mi padre. Era la cadena, él lo heredó de su padre y yo lo heredaba del mío.

Fueron rápidos los trámites de mi Jura en el Colegio y no se notó en la clientela del despacho el cambio de titular. Pronto se rehízo y como me decía la fiel Ana, secretaria de mi padre y heredada con el despacho, *“solo hemos perdido como clientes a los que han abandonado este mundo, pero sus hijos siguen siendo fieles a este bufete”*.

Aquella mañana llamé a Ana y le dije que me encontraba mal. Miró la Agenda y no tenía comparecencias judiciales ni visitas programadas. Me venía bien la mañana para recuperarme. Puse la radio y esperé las noticias. Mira por donde eramos noticia. Hablaban de la detención de un joven de origen rumano en la vecina villa de Zújar y de su compañera una joven española. El joven había